

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.



SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

UN DUELO Y UN MATRIMONIO.

LOS AMORES DE UNA MARQUESA VIUDA.

(Conclusion).

Lo cierto era que principiaba á temer que el preceptor, con la energía de que parecía dotado bajo su esterioridad reservada y tímida, llegase á desbaratar su plan. Seguro como estaba de su fuerza en la esgrima, y persuadido de que su adversario debía ser un mediano espadachin, esperaba desembarazarse de él á poca costa.

—No os burlareis siempre; este combate debe ser mortal para uno de los dos: no lo dudeis.

—Perded cuidado, dijo el aventurero, pues jamás he dejado con vida á mi adversario.

—Nos batiremos á la pistola, y cargaremos nuestras armas con la carta que teneis.

—¡Peste, qué caballero haceis! Querido mío, no será así, si os place. No me gusta la pistola, especialmente cuando uno se bate con ciertos individuos, pues un pistoletazo es siempre de temer, y á poco que sepais manejar una espada, como lo pretendéis...

—Sea á la espada... Pero esa carta...

—Dale con la carta. Decididamente teneis un empeño loco. Pues bien, ved si soy un buen príncipe (y sacaba la carta de su bolsillo). Aquí la teneis; tomadla, pues, os la confío. Estoy tan seguro de batiros que puedo acordaros esa satisfaccion. Ya sabré haceros devolvérmela cuando os haya matado.

—Dádmela...

La tomó y la metió bajo su levita, diciendo para sí:

—Será el talisman que defienda mi vida.

—No necesito deciros que no me separo de vos un momento. Además la hora avanza. Vamos á arreglar nuestro negocio en el primer sentido que nos parezca conveniente. En cuanto á los padrinos...

—¡Es inútil! Es ya demasiado que este secreto sea conocido de nosotros dos.

—Iba á proponeros dos bravos compañeros que viven en esta misma casa, un poco desahapados, tal vez algo equivocados; pero vos no debeis pararos en esas pequeneces.

—¡Ese insulto está de mas! dijo Alberto con dignidad. Partamos.

—¡Un momento! ¿Y las armas?

Se fué á abrir el baul colocado sobre la mesa, en el que se hallaban una espada y algunas otras armas. Tomó la espada, igualmente que la de la chimenea, y las presentó á su adversario, diciendo:

—Escoged.

Alberto tomó una sin reparar, la metió bajo su capa y descendió seguido del aventurero.

Madama de Vincy tenia la costumbre de llamar todas las mañanas temprano á su vieja nodriza; pero á consecuencia de la terrible entrevista que habia tenido, habia caído en tan gran tormento, tenia tanto recelo de ver aun llegar alguna revelacion, algun mensaje amenazador, que temia el momento en que iba á cesar de es-

daban en el péndulo, y Mad. de Vincy insistió en levantarse.

Recordaba que no faltaba mas que media hora para el momento fijado por su enemigo, y este debía ser exacto. Muchas veces estuvo para dar orden de dejarle entrar si se presentaba, porque en el exceso de su desesperada situacion, sentia que era agravar el mal el chocar con él de frente, y queria ensayar aun las lágrimas y la persuasion. El desgraciado que va á perecer trata de agarrarse á las mas débiles esperanzas de salvacion.

Otro incidente vino á hacer por un instante diversion á su perplejidad. Su hijo, que al principio habia aguardado á su preceptor para la leccion de la mañana, habia ido á su cuarto para buscarle. Pero ¡cosa inesplicable! la cama no estaba deshecha, y Alberto no se hallaba en el hotel. En cualquiera otra ocasion, ese habria sido un hecho capital que la hubiera causado la mayor emocion; pero en esta estaba tan absorbida por una preocupacion personal, que solo le acordó un interés secundario.

Iban á dar las diez: sus ojos fijos en la aguja del péndulo, seguan con devorante inquietud su



Alberto, palido como un cadáver, conducido en unas angarillas.

tar sola. Eran ya mas de las nueve cuando Margarita, inquieta de aquel silencio, se aventuró á penetrar en su cuarto.

La buena muger se espantó de la palidez de su ama, y le hizo las mas tiernas reconvienciones por no haber llamado para que vinieran á asistirla. La marquesa atribuyó su palidez á un dolor de jaqueca; pero la vieja, que la amaba como á una hija propia, no se dejó engañar por ese pretexto, y se perdió en conjeturas para penetrar su verdadero motivo. Las nueve y media

marcha rápida, y aun no habia osado dar orden de dejar entrar al extranjero que debia presentarse. Sobresaltóse de súbito: habian llamado; su corazon se oprimió en su pecho como en un torno, con los ojos fijos, la boca entreabierta, los labios pálidos, observaba atenta cada movimiento que se sentia en la casa; cada paso de la persona que avanzaba resonaba en su corazon.... Abrieron la puerta... la marquesa dió un grito; era el conde de Laguiche.

Al principio sintió un inmenso alivio; pero

renaciendo su inquietud con tanta mas viveza porque temia que Héctor se encontrase con el conde, recibió bastante mal los cumplimientos de pésame que este le dirigió. Sus celos sencillos, como él decía, iban ya á atormentarla, cuando entró Eduardo corriendo. Este, registrando el cuarto de su preceptor, habia hallado el paquete dejado por él sobre su escritorio, y lo traía á su madre.

El conde agarró el paquete y leyó: «Para abrir, si no he vuelto á las doce.»

—¡Qué misterio! exclamó mirando al péndulo que iba á marcar las doce. ¿Sabeis lo que significa esto, marquesa?

—No lo sé mas que vos, querido conde.

La marquesa no decia todo su pensamiento: una vaga revelacion habia atravesado su espíritu; esa coincidencia de la desaparicion del preceptor y de la tardanza de la amenaza de Héctor, le parecieron encadenarse, sin que pudiese explicarse por qué lazos, é hicieron nacer en su espíritu un mundo de conjeturas.

Habia tomado el paquete de manos del conde, y le daba vueltas dispuesta á romper el sello. El conde lo notó, y le dijo:

—Deteneos, aun no es la hora. Debe haber en eso algun secreto, muy grave quizás; no lo violemos. Suceda lo que quiera, espero que ese jóven en quien he puesto tanta confianza, no hará ninguna cosa indigna. Será preciso que sepamos qué aventura le ha desarreglado tan estrañamente. Asi, no cometamos ninguna indiscrecion. En cuanto á mi, querida marquesa, puesto que sufris y estais inquieta, no os dejo.

Esta última parte del discurso de su viejo adorador, pareció á Mad. de Vincy mucho menos satisfactoria que el resto. El conde fué, por su propia autoridad, á prohibir la entrada á todo estraño, y volvió á sentarse en un rincon del retrete, en donde no pudiendo obtener una palabra de la marquesa, que estaba sufriendo y alarmada en extremo, tomó un libro para poder, en realidad, espiar mejor sus menores movimientos.

Llegaron las doce. El conde aguardó religiosamente que diera la última campanada; luego se levantó, y dijo arrojando su libro.

—Marquesa, son las doce.

La marquesa tenia ya en la mano el paquete. Sin responder nada rompió el sello, y entonces halló el otro paquete con este sobrescrito: «A madama de Pombal, calle del Rey, en Nantes.» Este paquete estaba sellado con cuidado, y era imposible penetrar su contenido; pero ese nombre de Pombal la habia chocado tanto como al conde.

—¡De Pombal! repitió éste muchas veces. ¡De Pombal!... ¿Qué relaciones puede haber entre ese jóven y esa señora de Pombal? ¿Cómo conoce á esa familia que ha estado tanto tiempo en pleito con la vuestra, y que nosotros mismos no conocemos?

—Es impenetrable, dijo la marquesa, cuya cabeza se perdió en ese dedalo.

—¡Y ese jóven no vuelve!

—¡Escuchad!

El corazon de Mad. de Vincy se oprimió de nuevo: alguno acababa de entrar en el hotel. La voz de Margarita y las exclamaciones penetrantes que daba, inquietaron tanto á la marquesa, que se levantó de su sillón para abrir la puerta del retrete que daba al salón. Al mismo tiempo la vieja nodriza hacia entrar en él á Alberto, pálido como un cadáver, conducido en unas angarillas.

—¡Es él! dijo la marquesa, dando un grito de alegría; pero de súbito se paró. Alberto tenia un aspecto que espantaba.

—¡Dios mío! exclamó el conde adelantándose. ¡Qué desmeajado está!

—¡Qué teneis, señor?

Alberto trató de incorporarse sobre sus piernas que flaqueaban.

—Nada, nada, señora.... perdonad... yo no pensaba hallaros aqui.

—¡Pero vos vacilais!... Conde, sostenedle.

—¡Oh! no es nada.... me siento... me siento muy bien.

Y cayó sin conocimiento sobre un canapé, cerca del cual le habian conducido el conde y Margarita.

Al verle asi, un poder mas fuerte que todos los razonamientos, mayor que el respeto huma-

no, arrastró á Mad. de Vincy, la cual se lanzó á su lado llamando al conde, llamando á Margarita, pidiendo socorro y sosteniendo ella misma la cabeza del enfermo.

El señor de Laguiche sonreía con pasmosa calma, pues no comprendia nada de ese arranque.

—Ya lo veis, decia tranquilamente á la vieja nodriza, que no le escuchaba; no he cesado de deciroslo. Ya veis cómo vuelve su buen natural. Le aborrecia porque estaba bueno; ahora que está enfermo, ahí la teneis muy cambiada. Esa muger es un ángel.

—Pero conde, ¿qué haceis? ¡Ayudadnos!

El conde giró sobre sus talones para ver en qué podia ser útil á un enfermo rodeado de dos mugeres tan atentas, y no halló cosa mejor que ir á abrir la ventana diciendo:

—Ese muchacho se ahoga. ¡Bueno! ¡mirad qué oprimido está en su ropa!

La marquesa le sacó la corbata, y la nodriza le desabotonó la levita, cuidadosamente cerrada. A los primeros botones que soltó cayó un papel al suelo. El conde lo recogió, pero la marquesa se lo arrebató al punto: una rápida ojeada se lo habia hecho reconocer.

La ausencia de Alberto le quedaba explicada, pero le faltaba penetrar el misterio que le habia hecho dueño de esa terrible carta.

El conde iba á quejarse de esa brusca sustraccion, pero no pudo hacerlo, pues un grito de Margarita llamó su atencion á otro lado. Al acabar de desabotonar la levita del herido, habia percibido que tenia la camisa llena de sangre.

—¡Sangre! dijo el conde. ¡Es seguro que el perillan se ha batido! ¡Conozco bien esas cosas! Veamos. Está herido del hombro.

—¿Es peligroso, conde? preguntó la marquesa con ansiedad.

—No me lo parece... Margarita, mandad llamar al médico.

Mientras se ejecutaba esta orden, el herido hizo un movimiento.

—Retiraos, marquesa, dijo el conde con su naturalidad ordinaria, que él no os vea. Sabe que le detestais, y si principiase por percibirnos, vuestra vista podria hacerle una impresion funesta.

La marquesa se retiró detrás del canapé.

—Y bien, dijo el conde á Alberto, que abria los ojos, ¿volvemos un poco?

—¿En dónde estoy?

—Aqui, con amigos, nada mas que con amigos, respondió el conde haciendo seña á la marquesa, que se acercaba, para que se retirase.

—¡Ah! en efecto, sois vos, señor conde, y vos, Margarita... Es singular... he perdido el conocimiento... ¡Ah! ¡ya me acuerdol.... La señora marquesa no sabe nada, ¿no es verdad?

—Nada, señor Alberto, nada, respondió Margarita.

—Nada, de nada, añadió el conde engañándose tambien sobre el sentido de la pregunta. ¡La marquesa! perded cuidado, que no está aqui. ¡Ah! farsante... ¿con que nos hemos batido? ¿Con que hemos tenido un duelo? Ya me contareis eso.

En ese momento, á pesar de las reiteradas señas del conde, la marquesa se habia aproximado al canapé, y su blanca y suave mano pasó por encima del respaldo hacia Alberto, á quien dijo con su voz mas serática:

—Alberto, ¿seguis enfadado conmigo?

Por toda respuesta, tomó la mano que le tendian y la llevó á sus labios.

—Acabáramos, dijo el conde encantado á Margarita, que continuaba sin escucharle. El le besa la mano; la cosa va mejor.

Esa emocion, aunque muy dulce, habia causado una sacudida demasiado terrible en el débil cerebro del enfermo, y le trasportaron á su cuarto, donde no tardó en llegar el médico para darle sus cuidados y tranquilizar á todos. Especialmente la marquesa deseaba interrogarle, hablarle, verle á solas, pues conocia que le era deudora de gratitud; pero por orden del médico, le fué preciso suspender toda explicacion, pues aunque la herida no era grave, la pérdida considerable de sangre exigia reposo. De consiguiente todos se retiraron, escepto Margarita, que se quedó velándole.

El dia siguiente muy temprano, Mad. de Vincy, conmovida y temblando, pero por una preocupacion muy diferente de la del dia anterior,

entreabrió suavemente la puerta del enfermo. Estaba reposando: su sueño era tranquilo, y una sonrisa erraba sobre sus labios. Despertó y percibió á la marquesa, que, tímida á su vez, estaba en pie á su lado.

—¡Vos, señora!... ¿tan temprano? ¡Oh, gracias! dijo con un sentimiento de inefable felicidad.

—¿No me aguardabais? replicó la marquesa en tono de reconvenccion.

¡Oh! ¡teneis secretos para nosotros! pero tened entendido que yo quiero saberlos todos... ¿No tengo ese derecho?

Alberto iba á responder, cuando entró alguno: era el conde, el cual no pareció nada asombrado ni descontento de ver á la marquesa en el cuarto de aquel.

—¿Vamos mejor? dijo riendo, con su risa llena de confianza, que hizo nacer algunos remordimientos en la marquesa... Ya lo creo; teneis ahí una enfermera que daria ganas de hacerse uno acuchillar, nada mas que para ser cuidado por ella. Pero vamos, ahora dadnos algunos detalles sobre ese negocio. Sin duda podeis hablar delante de la marquesa.

—Pero... no tengo nada que decir.

—¿Cómo nada! ¿Y esa estocada?

—¿Y aquella carta? dijo quedito la marquesa á su oído.

—El que la poseia, respondió Alberto del mismo modo, ha sido muerto.

El conde no habia oido mas que la última palabra.

—¡Muerto! repitió. ¿Habeis matado á un hombre? ¡Diantre, cómo haceis las cosas!

—Pero yo debo, queria saber, dijo la marquesa olvidando la presencia del conde ó no dándole ninguna importancia, á qué debo semejante acto de adhesion.

—¿Cómo! exclamó aparte el señor de Laguiche, ¿caso se ha batido por ella? ¡Ah! esto se complica. Tambien yo, añadió en voz alta, tambien yo, jóven, quiero saber por qué... porque en fin, sin duda no es por haberos maltratado y humillado constantemente... ¡Oh! vos le habeis humillado, marquesa... No será por eso por lo que habeis arriesgado vuestra vida por la señora.

La marquesa habia vuelto hacia Alberto una mirada llena de arrepentimiento, de ternura y esperanza, que le habia embriagado.

—¡Oh! á Dios gracias, puedo confesar en alta voz el motivo que me ha hecho obrar. Escuchadme, pues, señor conde.

—Ciertamente que escucho, dijo éste con bastante mal humor, porque sus celos principiaban á despertarse, hasta contra su protegido.

Alberto miró un momento á la marquesa, atenta á lo que él iba á decir; luego hizo muy conmovido esta relacion:

—Hace como unos cinco años, una pobre muger, arruinada por un pleito que duraba hacia quince años, se hallaba sin socorros, sin recurso alguno, en la mas espantosa desnudez, abatida por los padecimientos, tendida en una mala cama en un desvan. Sin embargo, tenia un hijo que habia recibido una brillante educacion en el tiempo de su prosperidad; pero no podia hacer nada por ella ni por él. La miseria era tan grande, que pobre y mal vestido como estaba, nadie queria acogerle. El mundo no ama á los que sufren y tienen hambre. Sus brazos, que no estaban habituados al trabajo, rehusaban entregarse á las rudas fatigas de los braceros. En fin, un dia, desesperado y viendo á su madre cerca de morir de hambre, tomó una resolucion espantosa como su desgracia: fué con el rubor en la frente, los ojos preñados de lágrimas y el corazon despedazado, á mendigar un billete de entrada en el hospital para su madre. Pero ¡oh Providencia! cuando volvió, muerto de dolor y vergüenza, todo habia cambiado de aspecto en su miserable tabuco. Habia fuego en el hogar, pociones y brebajes sobre la mesa, y acercándose percibió oro que habian deslizado bajo la cabecera de la enferma. Un ángel habia pasado por allí; todos los dias, mientras duró la enfermedad, la misma mano discreta y caritativa le prodigó sus socorros. Lo que necesitaba la enferma eran cuidados; asi es que fué salvada, y su hijo tambien. Pero el hijo quiso saber de dónde habia venido el beneficio, y aunque su autor se ocultaba, no le fué difícil descubrirle. Aquel nombre caritativo andaba en boca de todos los desgraciados... ¡Oh! des-

de aquel día, juró sacrificarse por ella, si el cielo le presentaba la ocasión. Ved ahí por qué, señora marquesa, habiendo un miserable osado ultrajaros, me he batido ayer.

Margarita enjugó una lágrima; y el conde, tranquilizado, no pudo retener esta exclamación: — ¡Es un bello rasgo, joven! ¡es un rasgo muy bello!

La marquesa había quedado absorta, como extraña á lo que pasaba en derredor de ella.

— ¡Cómo! exclamó el conde con una indignación que su aire, y especialmente su posición, hacían bastante cómica, ¡cómo, marquesa! ¿no decís nada?

— ¡Oh! si tal, dijo; Mr. Alberto, desearía mucho saber cómo mostrarnos mi gratitud.

— ¡Vos mostrarme vuestra gratitud, señora! ¿Pues no habeis salvado á mi madre?

— Y bien, dijo el conde, ¿rehusareis aun darme tomarle por mi secretario?

— Mr. Alberto, yo quería haceros á vuestra vez muy dichoso.

Las inquietudes del conde principiaron de nuevo. El enfermo y la marquesa cambiaban miradas tan espresivas, que aquel perdió poco á poco su dichosa confianza.

— ¡Vamos, vamos! dijo entre dientes al oído de Margarita, que estaba muy tentada á encojerse de hombros. ¿Qué es lo que ella va á hacer ahora? Las mugeres pasan siempre de un extremo á otro. ¿Qué es lo que dice? ¿qué es lo que dice?

He aquí lo que decía la marquesa con su encantadora voz, en pie al lado del enfermo, y así cogiéndole la mano:

— Vamos, me habeis contado vuestra historia, y es preciso que yo os cuente la mía. El otro día, despues que recorri vuestros versos, por los que os he reñido tan fuertemente, he caído en un éxtasis delicioso, y he soñado... ¡qué locura! ¿no es verdad que aquellos versos eran para mí?

— ¡Voto va! exclamó el conde levantándose. ¡Decirle en seguida que le amais, y no andeis en rodeos! ¡Váyanse al diablo las mugeres y toda su casta!

La mirada de Mad. de Vincy se cruzó en un inefable arrobamiento con la de su generoso defensor.

— ¡No era un sueño! ¡Oh! ¡no, no era un sueño!

— Sin embargo, dijo la marquesa, había aun otra cosa... El señor de Laguiche vino á despertarme, y yo lo olvidé.

— Es imposible, murmuró el pobre conde, el llevar mas lejos el olvido de las conveniencias. ¡Es espantoso! ¡No se ha visto cosa semejante!... ¡Ella le pide su mano!... ¡Es el mundo al revés!

— ¡Oh! señora, dijo Alberto, ¡en nombre del cielo, que eso no sea un sueño!

— ¡Ah! ¡a to ahí! ¿Y el testamento que os deshereda si no os casais con un noble?

— Pues bien, conde, respondió tranquilamente la marquesa sonriendo; perderé la herencia, y punto concluido. ¿Acaso teneis mucho interés en que yo reciba esa herencia, Alberto?

— ¡Gracias, gracias por vuestra abnegación, señora! Pero tranquilizaos, señor conde, pues el testamento no se anulará.

— ¡Por ejemplo! ¡Eso es demasiado fuerte!.. Creéis acaso que yo consentiría aun en...

— ¡No quiera Dios que yo os imponga semejante sacrificio!... Pero vos decís que es preciso que la señora marquesa se case con un noble: bien, yo me llamo Luis Alberto de Pombal!

— ¡De Pombal! repitieron á un tiempo el conde, la marquesa y Margarita, á quienes este nombre recordaba el feliz desenlace del famoso pleito, y el paquete que habían hallado la víspera.

— Este joven, dijo el conde entregando la pechera de su camisa, es un monstruo de generosidad.

— De ese modo, dijo la marquesa, tambien os debo á vos el testamento de mi tío; me habeis sacrificado vuestra fortuna y vuestra vida.

— ¡Mi fortuna!... ¡ay!... respondió Alberto sonriendo tristemente; yo era demasiado pobre para ganar ese pleito... ¡Mi vida!... vos habiais salvado á mi madre.

Madama de Vincy se volvió hacia el señor de Laguiche, cuya pechera seguía sufriendo violentos ataques.

— Querido conde, ya comprendéis...

— ¡Perfectamente, perfectamente!... Vamos, yo no tenia ya mucha afición al matrimonio, y ahora quedo curado enteramente.

El conde tomó sucaña y su sombrero, é hizo un saludo ceremonioso, que su aire embarazado hacia aun mas burlesco.

JUSTICIA RUSA.—SUPPLICIO DEL KNOT.

El 4 de marzo de 1837 se cometió un crimen atroz en la ciudad de Boryezow. Antes del alba, para ir á ver un enfermo que le había llamado, un médico, el doctor Schmitel, atravesaba la calle Jytomir á pie, porque en las intrincadas y torcidas callejuelas de este barrio no pueden pasar los carruages, cuando tropezando con un obstáculo que no había distinguido en el suelo, perdió el equilibrio y cayó. Apercibiéndose el doctor al caer de que el objeto en que tropezaba estaba blando y conservaba algun calor; lo palpa para convencerse de lo que era, y al fin conoce que es el cadáver de un hombre que acaba de ser asesinado. Dió entonces voces pidiendo socorro, traen luces, y haciendo llamar en el acto al comisario de policía, el baron de Zabeline, certificaron ambos que el cadáver tenia las señales de treinta y seis puñaladas, y ademas una *ecchymosis* en la garganta que patentizaba una tentativa de estrangulación. Varios testigos declararon reconocer en la víctima de este misterioso asesinato el cadáver de Moisés Abrahamovitch, preceptor de los hijos de Cain Isaackovitch, por sobrenombre Kiszka.

Kiszka, cuyo servidor acababa de ser asesinado, era persona de importancia, tanto por sus riquezas y numerosas propiedades, como por las funciones públicas de que se hallaba revestido. Cuando la insurrección tan gloriosa como fatal de Polonia en 1831 en provecho de la autoridad rusa, había sido espía y delator, y desde entonces como recompensa había sido nombrado *denunciador de contrabandistas*. Viudo hacia muchos años, y padre de cuatro hijos, dos varones y dos hembras, había resuelto no volver á casarse, y se suponía con razon que aunque israelita, tenia intimas relaciones con una de sus criadas, llamada Omelanka, hermosa joven de diez y nueve años y que profesaba la religion grecorusa.

Desde el instante que corrió por la ciudad la noticia del asesinato de Moisés Abrahamovitch, la voz general acusó á Kiszka, y el comisario de policía se vió por la pública opinion obligado á ir con todo el ordinario aparato del tribunal á casa del *denunciador de contrabandistas*. Al llegar encontró al judío en la cama, enterrado en sus colchones de plumas y bien arropado. Su fisonomía al ver al magistrado, aunque trató de aparecer como despertado de repente, denotaba terror; se le hizo salir de la cama, y se vió con extrañeza que no solo estaba vestido, sino tambien con sus botas puestas; ademas, en su camisa y en algunos otros sitios de su vestido, se veían manchas frescas de sangre.

En este instante, y antes que el comisario hubiera podido dirigir una sola pregunta á Kiszka, el pueblo furioso, derribadas las puertas, penetró en la casa y hasta en el cuarto del judío, se apoderó de él y lo llenaron de amenazas, imprecações y gritos de muerte.

Preciso es confesar que Cain Isaackovitch Kiszka era hacia tiempo objeto de terror y execración para el pueblo, tanto por la clase de sus funciones como por el estremado rigor con que las llevaba á cabo. Los judíos, sobre todo, que no teniendo otra industria, otro medio de adquirir sipo el contrabando, veían en el *denunciador*, no un funcionario legal, un magistrado que hacia respetar las leyes y defendia por legítimos medios los intereses del gobierno, sino un perseguidor, un enemigo decidido á arruinarlos. Sabiendo esto podrá comprenderse la alegría y el ardor con que esta población, ya prevenida en contra, acogiera los rumores sinistros y acusadores que contra Kiszka corrían.

Le arrastraron casi al tribunal y le entregaron á la justicia, que en el acto, para calmar la pública indignación, empezó la causa, ofreciendo al pueblo que fuese quien quiera el criminal, se haria pronta y severa justicia. Mientras careaban con el ensangrentado cadáver á Cain Isaackovitch, un *uoustatuy* (especie de alcalde de barrio), fué á casa del acusado á prender á los hijos del *denunciador de contrabandistas*. Los cuatro niños habían ya sido recogidos por el gran rabino; dos criados y dos jóvenes judías fueron solo presos; Omelanka, designada como concubina de Kiszka, no pudo ser hallada, á pesar del cuidado con que se la buscó.

El gran rabino, tan deseoso como la justicia de saber la verdad, interrogaba á los niños sobre lo que había ocurrido antes de la desaparición de su preceptor. El mas joven de los varones, Boruch, de edad de doce años, dijo que la víspera por la noche hubo una violenta disputa entre su padre y Moisés, que éste, atemorizado, quiso marcharse, pero su padre le cogió violentamente por un brazo y le encerró con llave en un cuarto. Por la noche dijo Boruch que se oyeron lastimeros lamentos en toda la casa. Los otros, viendo que su hermano había dicho la verdad, no tuvieron mas remedio que confirmarla. La mayor de las hijas, Raquel, de diez y seis años, confesó ademas que Moisés, abusando de su posición de preceptor y de su inesperienza, la había seducido. Declaró tambien en seguida que Omelanka, enamorada de Moisés, y no habiendo podido conseguir que él la amara, había escitado contra él el odio de su padre; que si se había cometido algun crimen, ella había sido de seguro la instigadora, y no habria dejado de ayudar á él.

Así las cosas, se esperaba con ansiedad el resultado de la causa, cuando por la tardecita, con asombro y sorpresa general, se vió, entre inusitado alarde de fuerza armada, un ugiar precedido de trompetas, recorrer las calles de Boryezow, y prociamar en plazas y esquinas lo siguiente:

«Convencido el comisario de policía, despues de escrupulosas averiguaciones y testimonios, que el autor del asesinato cometido en la persona del judío Moisés Abrahamovitch, no es otro sino la joven Omelanka, que ha desaparecido despues de perpetrado el crimen, y á que no ha podido ser habida, y que segun toda probabilidad, arrastrada por sus remordimientos se ha arrojado al rio Hoylajziat, que por lo tanto el judío Cain Isaackovitch, llamado Kiszka, es inocente del crimen cometido, le ha hecho poner en libertad.»

Terminaba en seguida el ugiar su proclama mandando á nombre del baron de Zabeline, comisario de policía, al vecindario de Boryezow no injuriar ni recriminar á Kiszka bajo pena de severo castigo.

Libre ya, antes de dejar la cárcel y volver á su casa el *denunciador de contrabandistas*, tomó á su servicio seis robustos mozos de la Ucrania, que armados de nudosos garrotes le sirviesen de escolta, teniendo siempre de centinela á su puerta uno de estos singulares guardias de corps. Por la tarde y por la noche numerosos grupos rodearon la casa, pero ninguno se atrevió á penetrar en ella, gracias á las precauciones del amo.

A la mañana siguiente los grupos fueron mas numerosos, pues se componian ya de cinco ó seis mil israelitas, y tenían un aspecto formidable. Los discípulos de los padres carmelitas dieron la señal de agresión, rompiendo á pedradas los cristales de las ventanas de Kiszka; al mismo tiempo cincuenta ó sesenta estudiantes se situaron delante de la policía para obstruir el paso, y el populacho con garrotes lo llenaba todo en derredor.

El baron de Zabeline, comisario de policía, valiente y antiguo militar, juzgando que no había que perder tiempo para comprimir estos síntomas alarmantes, salió de su casa solo y sin armas, y dirigiéndose á los grupos mas próximos trató de arengarlos; pero una nube de piedras lanzadas por los estudiantes se le vino encima, y tuvo que volver á su casa gravemente herido. Hizo salir entonces una compañía de infantería, unos cuarenta *diesiatnik* (tropa de policía) y un peloton de cosacos del Don.

Hubo entonces una corta, pero fuerte refriaga.

ga; los *diesiatnik*, á pesar de las pedradas que de todas partes recibían, hicieron numerosas prisiones, mientras que la infantería disparaba al aire para atemorizar al pueblo, y los cosacos, armados de sus *knouts*, se arrojaron sobre los grupos para deshacerlos. En menos de una hora se dispó esta población amotinada, y si no hubiera sido por cuarenta y tres cadáveres de judíos aplastados por la muchedumbre, no se hubiera conocido que semejante desorden había habido.

Una causa provocada por el comisario de policía con motivo de los sucesos que hemos referido y de las prisiones hechas, duró tres años, y terminó al fin, como siempre sucede en Rusia, por una multa que se impuso á la ciudad en que había tenido lugar el desorden. Bordyezow tuvo que pagar 300,000 rublos (1); pero por una especie de compensación al judío Kiszka, se le cambió de residencia, aunque conservando su empleo de denunciador de contrabandistas. Por lo demás, el asesinato de Moisés quedó impune, pues fué imposible encontrar á Omelanka, que era la acusada.

Sin temor ya de sospecha alguna, y bien lejos de temer que nunca la sangre del desgraciado preceptor asesinado en la noche del 4 de marzo de 1837, hubiese de caer sobre su cabeza, Kiszka conservó, sin embargo, al dejar á Bordyezow, su escolta de ucranios. Entre estos hombres, ó mejor entre estos brutos, que no tenían mas mérito que sus hercúleas fuerzas, había uno, Matvy Hodovezuk, que había sabido ganarse la confianza de su amo; no tenía mas defecto, á pesar de su carácter suave, que la borrachera; pero cuando se encontraba en este estado, perdía todo conocimiento y se ponía como un loco furioso.

El 10 de noviembre de 1840, Matvy se emborrachó, y su amo le regañó fuertemente y hasta le amenazó; fuera de sí el ucranio se encolerizó terriblemente; golpeó á Kiszka con furor, y exaltándose cada vez mas, acabó por amarrarle con ayuda de sus camaradas. Lo llevaron entonces hacia una cueva misteriosa, abrieron la puerta con las llaves que sacaron á Kiszka del bolsillo, á pesar de su cólera, amenazas y aun súplicas, y al ir á encerrarle, salió del subterráneo una muger, ó más bien un espectro, que no pudiendo resistir la luz ni el aire puro, cayó desfallecida en medio del cuarto. Mientras los brutales testigos de esta escena, llenos de sorpresa y supersticiosos terrores, se santiguaban devotamente invocando á María y San Nicolás, un médico á quien se llamó no tardó en hacer volver á la vida á la pobre muger. Acudió también la policía, prendió segunda vez á Kiszka, y oyó la declaración de su desgraciada víctima, que no era sino Omelanka. He aquí la declaración:

«La desnudez y pobreza en que me hallaba me hicieron ceder á las seducciones de Kiszka, cuya criada era, y del que vine á ser casi la esposa. Vino entretanto Moisés á ser instructor en casa; era el joven mas hermoso que había visto, y me enamoré de él. Kiszka lo advirtió y tuvo celos, nos espió, y por fin llegó un día en que nos sorprendió en el momento en que Moisés, teniéndome abrazada con su brazo izquierdo por la cintura, me daba un beso en la frente. El mismo día tuvo que imponer Moisés un leve castigo á Herchko, el mayor de los niños; Kiszka le insulta, y ya se disponía á pegarle, cuando el preceptor dijo que se marchaba para no volver á la casa; entonces el amo furioso lo cogió en peso y lo encerró en un cuartito, cuya puerta daba á su alcoba. Por la noche cerró con llave Kiszka la alcoba, me hizo levantar, y ordenándome que mirase lo que iba á hacer, tomó entonces un puñal, abrió el cuarto en que estaba Moisés, y penetrando dentro volvió á cerrar, sabiendo que por un postiguillo de la puerta podría yo ver lo que sucediese dentro. Cuando entró en el cuartito se arrojó con furia sobre Moisés, lo derribó, y poniéndole una rodilla sobre el pecho le dió de puñaladas; aterrada yo no pude hacer mas que gritar, pero nadie vino á socorrerme.

«Muerto Moisés cogió Kiszka el cadáver y lo

arrojó por la ventana; vino á mí, y agarrándome por un brazo me arrastró á la cueva, me tiró allí en el suelo, y poniendo á mi lado el puñal cerró la puerta. Por la noche me trajo algun alimento, y desde entonces continuó haciendo lo mismo con regularidad, habiéndome bajado también una cama. Algun tiempo despues me sacaba de noche á pasear, yendo acompañado del ucranio Hodovezuk, que un día me dijo:—Desgraciada, te vas á condenar, eres cristiana y has vivido y vives con un judío! Estas sencillas palabras me hicieron impresion y me arrepentí de mi conducta. Irritado Kiszka por mis negativas, me amenazó con asesinarme; á poco me quitó los paseos; los víveres no los traía sino cada tres días, y reemplazó la cama por un poco de paja, reduciéndome al mas miserable estado.»

Hodovezuk confirmó todo lo dicho, y añadió que su amo le había dicho que era una dama á quien perseguía el gobierno, y que él ocultaba.

Tales testimonios bastaban á perder al judío Kiszka, que al fin, vista la incorruptibilidad del juez de la causa, hombre honrado y digno, confesó su crimen.

El tribunal criminal del gobierno de Volhynia, instruida la causa, condenó á Cain Isaackovitch Kiszka á recibir ciento y un golpes de *knout*, y despues á ir á trabajar en las minas por toda su vida.

La pena de muerte no existe en Rusia sino por delitos políticos, pero rara vez sucede que escape con vida un hombre del cruel castigo de cien golpes de *knout*.

Aprobada la sentencia por el senado y el emperador, se ejecutó en 1844 en la plaza mayor de Jytomir.

Atado de pies y manos á una tabla inclinada, fué entregado Kiszka á los tres verdugos que debían azotarle. Cada uno de ellos estaba armado de una tira larga de cuero con puntas de hierro retorcidas á su extremo; descargaban por turno, haciéndose ocho ó diez pasos atrás á cada golpe. Caía la carne á pedazos, y ni un solo grito escapaba al paciente; así sufrió sus ciento y un golpes, siendo en seguida desatado. Todos le creían cadáver, y no fué pequeña la admiración cuando le vieron incorporarse y pedir con voz breve aguardiente; bebió tres copas, una tras de otra, y sin necesidad de ayuda fué por su pie al hospital. Cuando estuvo curado fué enviado Kiszka á las minas.

Segun los registros criminales de Jytomir, este ha sido el cuarto caso de haber sobrevivido un hombre á ciento un golpes de *knout*. El primero fué el de Ivan Starenka, soldado ruso condenado en 1797 por asesinato de una familia judía, y ejecutado en Jytomir; el segundo el de Raquel Herchkova, condenada por envenenamiento de una joven cristiana y asesinato de su suegro, ejecutada en Jytomir en 1800; el tercero fué el de Homo Mauncka Pilipon, famoso bandido juzgado, condenado y ejecutado en Jytomir en 1809; y el cuarto el de Cain Isaackovitch Kiszka, cuyo crimen y ejecución acabamos de referir.

MISCELANEA.

NAPOLÉON Y EL PAISANO DEL ESCALDA.—En un viage que el emperador Napoleon hizo á Holanda, poco tiempo antes de su caída, fué á ver un paisano cuya casa estaba aislada en las orillas del Escalda. Acompañaban dos edecanes al monarca. El uno de ellos dijo al paisano:

—Ves aquí al emperador Napoleon.

El holandés, sentado, con su gorro en la cabeza, le respondió:

—¿Y á mí que me importa?

Entró inmediatamente despues Napoléon.

—Buenos días, buen hombre.

El aldeano se quita su gorro, pero permanece sentado contentándose con repetir:

—Buenos días.

—Yo soy el emperador.

—¿Vos?

—Si, yo.

—Me alegro mucho.

—¿Quieres hacer tu fortuna?

—No tengo necesidad de nada.

—¿Tienes hijas?

—Si.

—¿Cuántas?

—Dos.

—Yo las casaré.

—No; las casaré yo mismo.

Mucho sorprendieron estas palabras al vencedor de Europa. Volvió bruscamente la espalda al aldeano, y se marchó.

LOS GRANDES SUCESOS PRODUCIDOS POR PEQUEÑAS CAUSAS.—Richer, en su ensayo sobre este asunto, atribuye á la aventura siguiente el descubrimiento de la sal en Asia.

Un príncipe de los tártaros, Taimac-Kan, hallándose un día de caza, y habiendo muerto muchas reses, tuvo un hambre tan grande, que se detuvo en medio del campo, mandó á sus gentes encender fuego y que le asasen algunas piezas.

Habiendo por casualidad dejado caer en tierra un pedazo de carne, y no permitiéndole su hambre gastar el tiempo necesario para limpiarlo, se lo llevó á la boca y le supo mejor que los demás, porque había tomado un poco de gusto á la sal.

Taimac-Kan hizo llevarse á su palacio una cierta cantidad de aquella tierra, y la confió á gentes hábiles que llegaron á hacer sal, y los tártaros desde entonces tomaron la costumbre de usarla en cuanto comían.

El extravagante Eliogábalo creyó no poder dar al universo una idea mas vasta de la extensión de Roma, que haciendo reunir todas las telarañas de las casas, las hizo trasportar á un lugar donde formaron una montaña considerable; había allí cinco mil pesantes.

—¿Qué otra ciudad sino Roma, exclamaba, podría suministrar una cantidad semejante de telas de araña?

LOGOGRIFO.



SOLUCION DEL LOGOGRIFO INSERTO EN EL N.º 69.

Si repartido cuarenta
De cuatro en cuatro entre diez,
Tocan á cuatro, ya ves
Que no yerra quien bien cuenta.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.